



“Pertener a Cristo y a su Iglesia”

En un vuelo de Seattle a Redmond el hombre en el asiento de al lado me dijo que él había sido criado católico. Él y su esposa criaron a sus hijos en la fe, pero en los años recientes han dejado de ir a Misa. Él Prefiere estar en comunión con Dios al aire libre que adorarlo con otros dentro de una iglesia. Su actitud está lejos de ser inusual. En estos días la gente cada vez más quiere construir sus propios términos de una relación personal con Dios que los desconecta de la adoración comunitaria que es lo que de Dios quiere.

Le dije a mi compañero que se imaginara que él y su esposa habían querido hacer del cumpleaños 16 de su hijo un evento realmente memorable. “Ustedes enviarían invitaciones de lujo para la familia y amigos; ustedes alquilan un salón y lo decoran; ustedes sirve comida bien preparada. Para culminar le compran después-de-todo un regalo caro por su cumpleaños. Pero la noche antes del gran día su hijo les dice que él y sus amigos se irán a la costa en la mañana y no estará allí para la fiesta que ustedes han preparado con tanto cuidado. ¿Cómo se sentirían?” “Profundamente decepcionados”, respondió.

“No es difícil ver por qué”, le dije. “El regalo de cumpleaños para su hijo debería aumentar su gratitud por todo lo que le han dado y hacer que él imite su generosidad. Pero su ausencia hace imposible que le den el regalo que desean darle y de la forma que desean dárselo. El no estar allí les impide expresar el amor que sienten por él como su hijo. Ni siquiera estará en la fiesta para que le den el regalo que le cambiaria para bien”.

Y así es como debe ser con nuestro Padre celestial cuando los católicos intencionalmente no van a Misa. Él ha preparado un banquete para entregar en regalo a su Hijo, y sus hijos no se toman la molestia de venir a recibirlo y ser transformados desde el interior por el regalo. Eso es decepcionante.

Es cierto que Jesús nos dice que debemos cerrar la puerta y orar al Padre en secreto, pero él también nos ordena: “Haced esto en memoria mía” - y participar en la Misa, que Él nos dejó para ofrecer juntos como miembros de familia de fe, la Iglesia.

El culto del domingo surgió del antiguo Mandamiento Santificarás el día de descanso. Todos los Judíos dejaban de trabajar y se unían para alabar y dar gracias al Dios de Israel por darles la libertad de la esclavitud y hacerlos su pueblo escogido. Por Su intervención cambio todo y abrió el futuro que todavía los lleva hacia adelante. La observancia del día de descanso les recordó que su deuda de gratitud es una deuda que nunca podrán pagar. En este mismo espíritu los Cristianos nos damos cuenta de que nunca podremos pagar la deuda de gratitud por el regalo de Dios su Hijo. Así que los seguidores de Jesús santifican el día del Señor por el que se unen para dar gracias al Padre por habernos llamado a compartir la victoria de Cristo sobre la muerte.

En la Eucaristía el Padre da a sus hijos el regalo que le damos de nuevo a Él en sacrificio-el regalo de su Hijo, no porque Él tenga necesidad de darlo, sino porque nosotros tenemos necesidad de recibirlo si queremos participar de nuestra herencia bautismal de amor.

Se lo debemos al Padre dejar que Él nos de el regalo de su Hijo en la manera que Él ha escogido para darnoslo el sacrificio Eucarístico de la Misa. Nuestra tarea en la

vida, la tuya y la mía, es hacer esta oración comunitaria que Dios da a su Pueblo y nuestra oración personal también.